
La perseverancia de los santos



Prof. David J. Engelsma

Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdicción, para que la Escritura se cumpliese (Juan 17:11b-12).

Introducción

Hay un juicio terrible de Dios sobre el falso evangelio de salvación por la voluntad y las obras del pecador. Este juicio de Dios sobre ese falso evangelio es el temor tanto de los maestros de este falso evangelio como de sus discípulos de que puedan apartarse de Cristo y perecer eternamente. Este es el temor de todos los católicos romanos. Es dogma católico romano que nadie puede saber con certeza si continuará en la salvación y será salvo eternamente.

El temor de alejarse de Cristo y perecer eternamente es también el temor de los arminianos. Recuerdo en este punto que, aunque muy pocos hoy se llaman a sí mismos arminianos, sin embargo, la mayoría de los llamados evangélicos, así como de los fundamentalistas y carismáticos, son completamente arminianos en su predicación y enseñanza. Todos ellos tienen el temor de que,

aunque se consideren salvos hoy, al final puedan caer y perecer para siempre.

En el Sínodo de Dordt, el partido arminiano se expresó de la siguiente manera con respecto a la perseverancia, es decir, la continuación de un creyente en la fe para que ciertamente herede la vida eterna: “los verdaderos creyentes pueden caer de la verdadera fe. Los verdaderos creyentes son capaces de caer por su propia culpa en actos vergonzosos y atroces, perseverar y morir en ellos y finalmente caer y perecer”.

Alejarse de Cristo y perecer para siempre es el temor también de aquellos que hoy están enseñando cierta doctrina del pacto en iglesias reformadas y presbiterianas supuestamente conservadoras, principalmente en América del Norte. Estos hombres están enseñando que todos aquellos que están unidos a Cristo Jesús por una fe verdadera y que reciben las bendiciones de la salvación, incluyendo el beneficio de la justificación, pueden separarse de Cristo Jesús, perder su salvación y perecer eternamente en el infierno. Estos hombres están enseñando que muchos de los que están unidos a Cristo en el pacto, y disfrutan, en efecto, de las bendiciones del pacto de salvación, se apartan y perecen para siempre. Este es un aspecto de la doctrina herética conocida como la Visión Federal.

Este temor a la posibilidad real de caer en la perdición es el juicio de Dios sobre el falso evangelio de salvación por la voluntad o por las obras del pecador mismo. El temor de alejarse de Cristo Jesús y perecer para siempre es horrible. Es un terror peor que cualquier otro miedo. Es la implicación necesaria del falso evangelio de que la salvación depende de la voluntad o la obra del pecador. Esto, de hecho, es lo que los católicos romanos, los arminianos y aquellos que están enseñando una nueva doctrina del pacto en las iglesias reformadas supuestamente conservadoras en América del Norte tienen en común. Todos ellos enseñan que la salvación depende de la

voluntad o de la obra del pecador. Y sobre este falso evangelio cae el juicio de Dios: que Él entrega a aquellos que creen en este falso evangelio al terror de temer que pueden caer y perecer para siempre. Porque si la voluntad del hombre es decisiva en su salvación, la voluntad del hombre también es decisiva con respecto a su perseverancia hasta el fin. Si la salvación depende de la voluntad del pecador, la salvación puede perderse. Este temor es la consecuencia necesaria del falso evangelio de que la salvación depende de la voluntad del pecador. Es el fruto amargo que produce ese árbol, pero es al mismo tiempo el terrible juicio de Dios sobre aquellos que creen este falso evangelio. El falso evangelio de la salvación por la voluntad u obras del hombre le roba a Dios Su gloria en la salvación. De hecho, blasfema contra Dios. Dios no puede mantener a Su propio pueblo. Dios está derrotado. La cruz de Cristo Jesús es ineficaz. El Espíritu de Jesús, que intenta salvar a estas personas que, sin embargo, se apartan, es declarado impotente. Eso es blasfemia contra Dios. Dios, en Su justo juicio, priva a los que predicán este evangelio de todo consuelo. Él los ataca con terror, el terror supremo.

La creencia y la confesión de la perseverancia de los santos, por otro lado, es la bendición de Dios sobre la proclamación fiel del evangelio de salvación solo por gracia. Es la bendición de Dios de la enseñanza y la creencia de estas cinco grandes verdades que llamamos los Cinco puntos del calvinismo. La bendición de Dios sobre este evangelio es que los creyentes y los hijos de los creyentes disfrutaban de un gran consuelo inexpressable. Este es nuestro consuelo: Yo, que ahora creo en Cristo Jesús para la salvación, nunca me apartaré de Cristo Jesús. Un día ciertamente seré resucitado de entre los muertos en cuerpo para vivir con Cristo Jesús en gloria para siempre.

La perseverancia de los santos ha sido la confesión de la verdadera iglesia de Cristo Jesús a través de los siglos. Hay una hermosa línea en el quinto encabezado de los

Cánones de Dordt en el artículo en el que los *Cánones* defienden la confesión de la perseverancia de los santos, que dice así: la Esposa de Cristo siempre la amó con ternura y la defendió con firmeza [la verdad de la perseverancia de los santos] cual un tesoro de valor inapreciable (V:15). La esposa de Cristo siempre ha defendido la verdad de la perseverancia de los santos. La esposa de Cristo, por supuesto, es la verdadera iglesia. Esto plantea una pregunta muy seria concerniente a toda iglesia que no aprecia la perseverancia de los santos y que no ama y defiende constantemente la perseverancia de los santos, sino que, por el contrario, desafía la perseverancia de los santos y arroja dudas sobre la perseverancia de los santos: ¿puede esa iglesia ser de alguna manera la esposa de Cristo? La esposa de Cristo amó y defendió la perseverancia en la época de Agustín. La esposa de Cristo en los Países Bajos a principios del siglo XVII amaba y defendía la perseverancia de los santos, como lo prueban los *Cánones de Dordt*. La esposa de Cristo representada en la Asamblea de Westminster amaba y defendía la verdad de la perseverancia de los santos, como se desprende de la *Confesión de Westminster* (17:1-3). Y todavía hoy hay una esposa de Cristo que atesora la verdad de la perseverancia de los santos.

La razón por la cual la verdadera iglesia ama y defiende la doctrina de la perseverancia de los santos, no es la bondad superior de la esposa de Cristo, como tampoco la perseverancia de los santos mismos se debe a los santos mismos. Ese mismo artículo de los *Cánones* citados anteriormente explica que la verdadera iglesia ama la perseverancia porque “que también lo haga [la esposa de Cristo] en el futuro, será algo de lo que se preocupará Dios, contra quien no vale consejo alguno, ni violencia alguna puede nada”. Dios preserva la confesión de la perseverancia de los santos en la iglesia. Dios preserva a la verdadera iglesia en su confesión de perseverancia.

La verdadera iglesia proclama y confiesa la perseverancia sobre la base de las Escrituras. Como enseñan los *Cánones*, Dios “reveló superabundantemente [esta doctrina de la perseverancia de los santos] en Su Palabra” (V:15). Esta revelación de la perseverancia ocurre muy prominentemente en el evangelio y las epístolas de Juan. Un testimonio especialmente claro y poderoso de la perseverancia en el evangelio de Juan es Juan 10:28-29:

y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre.

Quiero, sin embargo, concentrarme en otro pasaje del evangelio de Juan:

Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera (Juan 17:11b-12).

Jesús enseña la perseverancia de los santos: “Los he guardado en tu nombre”. La perseverancia de los santos fue Su propia confianza en la víspera de Su crucifixión. Podía ir a la cruz confiando en que el Santo Padre se quedaría con los que pertenecen a Cristo Jesús. Cuán alentador debe haber sido esto para Cristo mismo en el camino a la cruz. Además, este pasaje fue Su oración. Era parte de Su oración como el gran sumo sacerdote de Su pueblo. Todos aquellos que niegan la perseverancia de los santos se ven obligados a admitir que Dios no escuchó y contestó la oración de Su propio Hijo, que el Padre rechazó la petición de Su Hijo.

Elijo este pasaje especialmente porque en él Jesús mismo reconoció la gran dificultad de la perseverancia de los santos. La gran dificultad es la aparente caída de algunos a la condenación que pertenecen a la iglesia. Cristo mismo

tomó nota de esto en Su oración cuando dijo, “ninguno de ellos se perdió, sino [es decir, excepto] el hijo de perdición”.

La obra preservadora de Dios

En Juan 17, la segunda parte del versículo 11 y el versículo 12, nuestro Salvador hizo una petición a Su Padre a favor de todos los que el Padre le ha dado. Señalé anteriormente en este libro que esta es una expresión en el evangelio de Juan que describe la elección de Dios.

Juan 17 es un capítulo muy rico sobre la verdad de la elección de Dios. Repetidamente, Jesús habla de aquellos a quienes el Padre le ha dado o elegido. Jesús tiene en mente, en primer lugar, al pequeño grupo de discípulos reunidos alrededor de Él en el aposento alto. Hay once de ellos ahora porque Judas Iscariote ya había sido despedido para dedicarse a su nefasto negocio de traicionar a Cristo con sus enemigos. Judas había salido de ellos en la noche (Juan 13:26-30). Tengan esto en cuenta: Judas ya no estaba con ellos cuando Jesús oró: “Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre”. Sino que Jesús estaba orando por ese pequeño grupo de once discípulos como representantes de todo el cuerpo de Su iglesia elegida. Él mismo indicó esto en Juan 17:20: “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos”. Él estaba orando por todos a través de los siglos que creerían en Él a través de la palabra de los apóstoles. La oración de Jesús, por lo tanto, fue una petición por toda la compañía de los elegidos. Fue una oración por la iglesia universal que Él reúne desde el principio del mundo hasta el fin. Bueno, podemos recordar y asegurarnos desde el principio que Jesús estaba orando aquí por ti y por mí. Como aquellos que creen en Cristo Jesús de corazón para salvación de acuerdo con las Escrituras, estamos entre aquellos por quienes Él dijo: “Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre”.

Jesús le pidió al Padre que “guardara” a estas personas. El tema es la preservación de Dios de hombres y mujeres. “guárdalos” es lo mismo que “presérvalos”. Comúnmente hablamos de la perseverancia de los santos. Esto es correcto. La perseverancia es nuestra actividad de continuar fieles a Cristo Jesús creyendo en Él, confesando Su nombre y caminando en Sus caminos. La perseverancia es nuestra actividad de permanecer firmemente en la fe de Cristo Jesús. Es apropiado que hablemos de la perseverancia de los santos porque Dios nos guarda, o preserva, de tal manera que perseveramos activamente. Pero la causa de nuestra perseverancia, la única causa, es la preservación que Dios hace de nosotros, lo que Jesús llamó “guardar” en Juan 17:11.

Primero, la preservación, o el guardar, es la obra del Santo Padre, es decir, el Dios Trino, de mantener a las personas regeneradas en su vida espiritual. Es la obra del Dios Trino de mantener a los verdaderos creyentes en la fe. Es la obra del Dios Trino de mantener a los santos, personas que han sido santificadas, en santidad de vida. Que esto es lo que es guardarnos por el Padre, Jesús mismo lo deja claro en el pasaje. Está claro en el versículo 12 donde Jesús dice que Él mismo guardó al pueblo que el Padre le había dado en el nombre del Padre. Cuando fueron salvos, fueron llevados a la unión con el Padre. Fueron llevados a la comunión con el mismo Dios viviente. Llamamos a esto la comunión del pacto. Y ahora Jesús ora para que el Padre nos mantenga en esta comunión de pacto con Dios.

En segundo lugar, Jesús mismo explica que la preservación significa que ninguno de aquellos a quienes el Padre ha dado a Jesús se pierde, es decir, ha perecido. Podríamos pensar que la referencia es a perecer en el infierno. Que Jesús no quiso decir aquí con “se perdió” como pereciendo en el infierno es evidente por el hecho de que Jesús continúa diciendo que el hijo de perdición, Judas Iscariote, ya estaba perdido cuando Jesús hizo esta oración.

Ahora bien, Judas, la noche en que Jesús hizo esta oración, todavía no se había suicidado o ido a su propio lugar. Judas todavía estaba vivo; Judas estaba arreglando con los sumos sacerdotes oficiales como traicionar a Cristo Jesús. Sin embargo, Jesús dice acerca de Judas ya en esta noche que Judas se había perdido, Judas había perecido. Hay otro aspecto de estar perdido además de perecer en el infierno. Esto es que alguien está en una condición espiritual de impenitencia final e incredulidad. Cuando Jesús le pide al Padre que guarde a Su pueblo, por lo tanto, le está pidiendo al Padre que evite que Su pueblo caiga en la condición espiritual de impenitencia final e incredulidad.

En tercer lugar, lo que sigue a las palabras de Jesús en Juan 17:11-12 prueba que la preservación por la que Jesús oró es un guardar al pueblo de Cristo en la vida espiritual, en la verdadera fe, en la santidad. Me refiero a los versículos 15 y 17. En el versículo 15, Jesús dice: "ruego... que los guardes del mal". Y en el versículo 17, Él ora: "Santifícalos en tu verdad". El guardar del Padre al pueblo de Jesús consiste en librarnos del mal y, positivamente, en santificarnos, hacernos santos, mantenernos en nuestra santidad como santos. Por lo tanto, el guardar o preservar de Dios es Su obra dentro de nosotros por Su Espíritu de evitar que perdamos nuestra vida espiritual, que renunciemos a nuestra fe, que nos separemos de Cristo y lo neguemos, que volvamos a caer en esa condición de muerte espiritual de la cual Dios nos ha trasladado y liberado en la regeneración.

El guardar de Dios es Su preservación de los santos en su santidad. Un santo (y esto es lo que es todo hijo creyente de Dios: un santo) todavía peca. De hecho, en esta vida el santo sigue siendo pecador: tiene una naturaleza depravada. Es por eso que la preservación de Dios de nosotros es necesaria; sin embargo, debido a que Dios nos guarda, en respuesta a la oración de Jesús, ningún santo puede cometer el pecado de muerte y alejarse de Cristo para

siempre. Un santo puede caer profundamente en pecados graves y presuntuosos e incluso continuar en ellos por un tiempo, como muestran los ejemplos en la Biblia de David y Pedro (cf. *Cánones* V:4). Pero Dios ni siquiera entonces quita Su Espíritu por completo de estos santos que han caído profundamente en pecado. Tampoco les permite perder la gracia de la adopción o perder el estado de justificación. Además, Dios traerá a estos santos nuevamente al arrepentimiento, y Él hará que una vez más vivan una vida santa.

La enseñanza reformada de la preservación, o perseverancia, difiere radicalmente de una enseñanza que tiene una cierta similitud formal con ella, una enseñanza conocida como la seguridad eterna. Algunos grupos, algunas iglesias, enseñan la “seguridad eterna”. Le dirán a la gente reformada, no estamos de acuerdo con ustedes en cuatro puntos de su calvinismo, pero estamos de acuerdo en uno de ellos: el último punto, la perseverancia de los santos. Ustedes enseñan la perseverancia de los santos; nosotros enseñamos la seguridad eterna. Pero, de hecho, ellos no tienen en mente la misma obra de Dios que nosotros. La “seguridad eterna” para ellos significa que alguien es salvo al tomar una decisión barata hacia Cristo. Entonces puede estar seguro de ir al cielo, independientemente del hecho de que todo el resto de su vida nunca pone un pie en una iglesia y vive como el diablo. Nosotros condenamos esta enseñanza. La verdad bíblica de la preservación de los santos es que Dios nos guarda al obrar en nosotros por Su Espíritu para que mantengamos nuestra fe, continuemos en santidad de vida y caminemos firme y fielmente en el discipulado de Cristo Jesús nuestro Señor. Sin embargo, mantenernos en fe y santidad no es todo el trabajo de la preservación. En la forma de mantener a los santos elegidos en fe y santidad, Dios nos preserva para la salvación final. La salvación eterna es la meta de la preservación que Jesús pide, como Jesús mismo da a conocer en Juan 17:24: “Padre,

aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo". El no solo pide que el Padre preserve a su pueblo en fe y santidad, sino que también pide que Dios preserve a Su pueblo para que finalmente estén donde está Cristo; Cristo está en el cielo con Dios. Los santos son mantenidos lejos de caer en el castigo del infierno que es duró. Se les impide perecer en la muerte eterna. Son guardados por Dios para que cada uno de ellos finalmente participe en la vida y gloria de Cristo en el cielo. Esto es preservación.

La *perseverancia* de los santos, entonces, es la actividad espiritual de todos aquellos en quienes Dios ha comenzado la obra de salvación de continuar en fe y santidad para vida eterna y gloria en el día de Cristo. Perseveramos porque Dios misericordiosamente obra dentro de nosotros nuestra preservación.

Amenazas

No es como si no hubiera amenazas a la santidad continua y la salvación final de los creyentes y sus hijos elegidos. Por el contrario, la perseverancia implica amenazas. La preservación de Dios de nosotros implica que hay enemigos que están empeñados en la destrucción de todos los que se identifican como miembros de la iglesia confesando a Cristo Jesús y viviendo una vida santa. Dos palabras aparecen en los versículos 11 y 12 de Juan 17 que se traducen "guárdalos" y "guardaba".

Pero la palabra traducida "guardar" en el versículo 12 es una palabra completamente diferente de la palabra traducida "guardar" en el versículo 11. La palabra traducida "guardar" en el versículo 12 significa "cuidar" o "proteger" como un pastor cuida o protege a sus ovejas contra los ataques de los enemigos de las ovejas, los lobos. Esto deja claro que la iglesia y cada creyente tienen enemigos. En Juan 10, Jesús se refiere a aquellos que intentan arrancar a Su pueblo de su mano. Esos enemigos son el diablo y los

demonios. Esos enemigos son el “mundo” en Juan 17 acerca de quien Jesús mismo dice, que odian a quien el Padre ha dado a Jesús (v.14). Debido a que la iglesia no es del mundo, así como Jesús no es del mundo, esos enemigos son la iglesia apóstata con los herejes y los falsos maestros. La peor de las amenazas a nuestra perseverancia en la fe es nuestra propia naturaleza corrupta, nuestro orgullo, nuestra búsqueda de nosotros mismos, nuestra mentalidad terrenal, nuestra envidia, nuestros deseos, nuestro descontento. Constituyen toda una serie de enemigos empeñados en nuestra destrucción espiritual que llevamos con nosotros en nuestra carne.

Los *Cánones de Dordt* afirman que no podríamos perseverar, si fuésemos “abandonados a sus [nuestras] propias fuerzas” (V:3). Más adelante, leemos que nuestro perecer basado en nosotros mismos “no sólo podría ocurrir fácilmente, sino que realmente ocurriría” (V: 8). Si nuestra perseverancia dependiera de nosotros mismos, no sólo es posible que perezcamos, sino que indudablemente sucedería que pereceríamos. Pero Dios guarda a los santos.

Los medios de preservación

No podemos pasar por alto el hecho de que Dios usa medios para guardarnos. Separar la preservación de los medios por los cuales Dios nos preserva y nos hace perseverar sería presunción, no fe. Jesús llama la atención sobre los medios en el versículo 11: “guárdalos en tu nombre”. A lo que Él se refiere Él lo aclara en el contexto. En el versículo 8, Él habla de “las palabras que me diste”. En el versículo 14, Él menciona “tu palabra”, y en el versículo 17, “tu verdad”: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad”. Dios preserva a Su pueblo y los santos perseveran por la Palabra de Dios, por la verdad, por el evangelio que fue proclamado por los profetas en el Antiguo Testamento, y por Jesús y los apóstoles en el Nuevo Testamento. Dios preserva a Su pueblo por la Palabra de la Sagrada Escritura,

que es predicada por la verdadera institución de la iglesia. En Juan 10, Jesús describe este medio como Su voz: “Mis ovejas oyen mi voz... y me siguen” (v. 27). Los *Cánones* indican los medios y su importancia: “así la guarda [la obra de gracia en nosotros], prosigue y perfecciona Él [Dios] por el oír, leer su palabra y reflexionar en ella, por el escuchar y leer Su Palabra, por la meditación sobre ella, así como por amonestaciones, amenazas, promesas y el uso de los sacramentos” (V:14).

Los medios por los cuales Dios preserva a la iglesia en respuesta a la petición de Jesús son la predicación del evangelio, la administración y el uso de los sacramentos, y la disciplina por parte de la iglesia instituida. En dependencia de estos medios principales, los medios menores, pero importantes, son la propia lectura de la Biblia y la meditación en la Palabra de Dios. Por estos medios, Dios preserva al creyente; por estos medios, Dios preserva a los hijos de los creyentes; y, por estos medios, Dios preserva a la iglesia. Dios no preserva a Su pueblo de otra manera que no sea por estos medios. Es por eso que no hay mayor amenaza para la salvación del pueblo de Dios que la corrupción del evangelio. Esta es también la razón por la cual, que alguien se jacte de su preservación y la preservación de sus hijos, mientras que al mismo tiempo está despreciando la membresía en una verdadera iglesia de Cristo Jesús, donde se encuentran estos medios de preservación y donde Dios emplea estos medios, es pura presunción, no fe. Cuando Jesús oró para que Dios guardara a Su pueblo, incluida en esa petición en la mente de Jesús estaba que Dios también mantendría los *medios* para la preservación de la iglesia. Jesús oró por el mantenimiento de la verdadera institución de la iglesia.

Por estos medios, Dios guarda a los santos elegidos. Él guarda a cada uno de ellos para que ninguno de ellos se pierda, ni uno: ninguno de ellos se pierde.

La aparente excepción

Pero esto no siempre parece ser así. Por el contrario, nos parece que los santos perecen. Hay aparentes excepciones a la preservación de los santos. Hay excepciones en nuestra propia experiencia. Vemos denominaciones enteras de iglesias que se alejan de la Palabra y el evangelio de Dios. Lo que esta apostasía significa es que familias enteras perecen. Sus abuelos y sus abuelas fueron al cielo, pero los nietos perecen en estas iglesias apóstatas. Y quién de nosotros que tiene alguna experiencia con la iglesia no está dolorosamente consciente del miembro de la iglesia, tal vez incluso uno que ha sido anciano de la iglesia desde hace mucho tiempo, que abandona a Cristo por el mundo y abandona la vida de santidad que aparentemente había estado viviendo. La excepción puede ser incluso uno de nuestros propios hijos. Creció aparentemente caminando en los caminos del Señor. Tal vez, incluso confesó su fe y participó del sacramento de la Cena. Y luego le dio la espalda a la iglesia y abandonó a Cristo Jesús para correr con el mundo de los impíos.

Estas aparentes excepciones son graves para nosotros; nos causan un gran dolor. Estamos afligidos por la apostasía de las denominaciones que una vez se mantuvieron firmes. Los miembros de la congregación se entristecen al ver a uno abandonar la iglesia, que caminó con ellos durante mucho tiempo. Rompe el corazón de los padres piadosos ver a un hijo o una hija abandonar la iglesia y un caminar piadoso, y correr con el mundo. Lo que es aún peor es que estas aparentes excepciones son ocasiones para dudar con respecto a la preservación de Dios de Su iglesia. Estas excepciones plantean preguntas en nuestra mente: ¿puede perecer la iglesia de Cristo? ¿Pueden los santos alejarse? ¿Es posible, entonces, que yo también en el futuro retroceda a la perdición, antes de alcanzar la meta de la

carrera de la vida cristiana, en mi muerte, en la segunda venida de Cristo Jesús?

Llevaré a mi tumba el dolor y conmoción espiritual de una angustiada llamada telefónica hace veinte o veinticinco años, alrededor de la hora de la cena, informándome que un miembro de la iglesia desde hacía mucho tiempo, un hombre que había servido como anciano en repetidas ocasiones, y un amigo muy cercano de toda nuestra familia, había respondido a grandes problemas suicidándose. La conmoción espiritual fue expresada por la respuesta de nuestro hijo de quince años, ¿dónde estaba Dios? Y luego tuve que orar. Por única vez en mi vida, por un fugaz segundo, tuve la tentación de orar por los muertos. Este es el tipo de tentación que experimentamos en la aparente excepción a la verdad de que Dios preserve a Su pueblo.

Jesús sabía las tentaciones que enfrentaríamos con respecto a la preservación. Por lo tanto, en esta gran oración por la preservación de Su pueblo, Él mencionó la aparente excepción en Su propia experiencia: “a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino [es decir, excepto] el hijo de perdición”. La aparente excepción en la experiencia de Jesús fue Judas Iscariote, a quien Jesús ya había descartado para llevar a cabo su traición (Juan 13:27). Judas estaba cerca de Jesús; él era prominente en la esfera del pacto; él fue uno de los doce discípulos originales; tuvo el privilegio de escuchar toda la enseñanza de Jesús y de ver todos los milagros de Jesús; predicó el evangelio y realizó milagros.

Pero él era un discípulo de Jesús que estaba perdido. Él estaba perdido espiritualmente ya en la noche en que Jesús oró esta petición. Se perdería eternamente al día siguiente cuando saliera con remordimiento y culpa y se ahorcara. Si alguna vez hubo una excepción real a la verdad de la perseverancia de los santos, habría sido Judas Iscariote.

De hecho, sin embargo, Judas no fue la excepción. Jesús se esforzó por aclarar esto en Su enseñanza sobre la preservación. Jesús llamó a Judas el hijo de perdición. Judas era la descendencia de la perdición, nacido del infierno, el hijo del infierno. Anteriormente, dice Juan, Jesús dijo acerca de Judas: “¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?” (Juan 6:70). Judas nunca fue un santo; Judas nunca estuvo unido a Dios en Cristo Jesús, en el pacto. Nunca fue ciudadano del reino por regeneración. Nunca había sido dado a Jesús por el Padre.

Confirmando que el perecimiento de Judas no era una caída de un santo, Jesús agregó que Judas pereció, “para que la Escritura se cumpliera”. Eso no era excusa para Judas. Eso no minimizó la gran responsabilidad y culpa de Judas. Pero sí disipó cualquier temor que los otros discípulos pudieran haber tenido, y cualquier temor que pudiéramos tener, como si el perecimiento de Judas indicara la frustración del propósito amoroso de Dios para la salvación de Judas y, por lo tanto, la posibilidad de que también nos alejemos de Jesús.

La traición a Jesús y la caída por parte de Judas fueron predichas en el Salmo 41:9: “Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, Alzó contra mí el calcañar”. Si fue predicho, había sido decretado en el consejo de Dios. Dios decretó que Judas se perdiera en el decreto de reprobación y profetizó esa pérdida siglos antes de que ocurriera. La caída y el perecimiento de Judas no indican la frustración de la voluntad amorosa de Dios de salvar a Judas. Por el contrario, la caída de Judas estaba de acuerdo con el decreto de reprobación de Dios. Judas se perdió, espiritual y eternamente, fue el medio por el cual Cristo Jesús sería llevado a la cruz para la salvación de todos los elegidos de Dios. En el pasaje, Jesús se refiere a Judas como *el* hijo de perdición. *El* hijo del infierno es el instrumento por el cual *el* elegido, Cristo Jesús, lleva a cabo la redención de toda la iglesia.

Jesús no dijo: “Yo no perdí a ninguno de ellos, sino al hijo de perdición”. Esto significaría que Él perdió a alguien. Pero Él dijo: “ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición”. Jesús reconoció la desaparición de Judas. Pero Jesús no lo perdió, porque Judas nunca fue uno de los Suyos.

La aparente excepción no fue una excepción, sino que, como enseña el apóstol Juan en su primera epístola, “Salieron [es decir, los apóstatas] de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros” (I Juan 2:19). ¿No estaba Juan pensando también en Judas Iscariote? Los pensamientos de Juan debieron haber regresado a esa noche en el aposento alto, cuando uno de los once se levantó y salió en la noche. “Él salió de nosotros para que se manifestara que él no era de nosotros”.

A la luz de la palabra de Jesús acerca de la apostasía, como lo explica Juan en I Juan 2:19, deben explicarse todos esos pasajes (y no hay muchos de ellos) a los que los defensores de la caída del pueblo de Dios apelan en defensa de la caída de los santos. Me refiero a Hebreos 6:4-8 y Hebreos 10:29, así como al pasaje en Juan 15:1ss., que habla del corte de los pámpanos que están en la vid. Todos estos pasajes enseñan un alejamiento de las personas que están cerca de Cristo Jesús en la esfera del pacto; de las personas que están en la comunión de la iglesia instituida; de las personas que profesan ser santos; y de las personas que incluso experimentan ciertas “operaciones comunes” del Espíritu en su mente y emociones. Son personas que, en las palabras de Lucas 8:13, “creen por algún tiempo”, pero cuya fe temporal es cualitativamente diferente de la fe justificante y salvífica. Estas personas nunca nacieron de nuevo, nunca recibieron el don de la verdadera fe, nunca fueron unidas a Cristo por una fe viva. Y nunca habían sido dados a Cristo en el decreto de elección. Aquellos que enseñan que tales

personas fueron salvas una vez, enseñando así que aquellos que una vez fueron verdaderamente salvos pueden caer, ya sean romanistas, arminianos o defensores de la Visión Federal en América del Norte, contradicen a Cristo Jesús en Juan 17, deshonran a Dios como si Él no pudiera guardar a los Suyos y arrojan terror a toda alma creyente. Entonces también yo puedo perderme realmente. La caída de los santos, la caída de un solo santo, la caída de incluso un santo que es el más pequeño y débil de todos los santos, es completamente imposible (Cánones V:8). Que los santos puedan caer no es un asunto dudoso. No es algo que tenga que discutirse. Según los cánones V:8, es completamente imposible, y la imposibilidad se debe al consejo de Dios; la promesa de Dios; el llamado de Dios de los Suyos de acuerdo con Su propósito eterno; el mérito, la intercesión y la preservación de Cristo Jesús; y el sellamiento por el Espíritu Santo.

La gozosa seguridad

De esta perseverancia, cada uno de nosotros que cree en Cristo Jesús de corazón *tiene que tener certeza, puede tener certeza y debe tener certeza*. Tenemos que, y podemos, y debemos tener esta seguridad concerniente a toda la iglesia, y tenemos que, podemos y debemos tener esta seguridad concerniente a nosotros mismos personalmente.

Fue el propósito de Jesús con esta oración para nuestra preservación en Juan 17 que todos nosotros tengamos la seguridad de nuestra propia perseverancia y de la de la iglesia. La ocasión de esta petición fue Su partida de la iglesia al cielo. La iglesia quedaría en un mundo malvado y amenazante. En el versículo 11, Jesús acaba de decir: “Y ya no estoy en el mundo; mas estos están en el mundo”. Los discípulos podrían muy bien tener miedo con respecto a su propia seguridad. Jesús hizo esta oración en voz alta ante sus discípulos y escribió esta oración en las páginas de las Escrituras para que las personas creyentes y sus hijos la

leyeran a través de las edades, “para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos” (v. 13). Esta es la alegría de nuestra preservación. Este es el gozo: que el Padre de Jesús nos guardará en respuesta a la oración de Jesús. Este es el gozo de que nuestra fe nunca fallará, nuestra santidad nunca se perderá, el Espíritu de Cristo nunca nos dejará, nuestra unión de pacto con Cristo nunca se romperá, y no seremos expulsados en el día de Cristo Jesús. Cristo quiso que tuviéramos el gozo de la perseverancia de los santos.

Terrible, terrible más allá de las palabras, es el terror de la posibilidad de la caída de los santos. No hay miedo como este miedo. Que yo todavía pueda odiar, negar y abandonar a mi bendito Salvador, Cristo Jesús, y que si lo haré, o no, depende de mí. Esto es terror. Que aún pueda estar destituido de vida eterna y gloria y perecer en las agonías del infierno, infinitamente lejos del rostro sonriente de mi Padre celestial, y que si esto me sucede depende de mí. Esto es terror. Este es el terror de incontables millones de personas hoy. No estoy hablando del mundo impío. Estoy hablando de millones de cristianos profesantes. Todos los católicos romanos viven y mueren en este terror. La mayoría de los evangélicos, fundamentalistas y carismáticos, comprometidos como están con la teología arminiana de la salvación que depende del libre albedrío del pecador, viven y mueren en este mismo terror. Hoy en América del Norte, este mismo terror se está extendiendo en la Iglesia Presbiteriana Ortodoxa, la Iglesia Presbiteriana en América y las Iglesias Unidas Reformadas por la herejía de la Nueva Perspectiva de Pablo y la Visión Federal.

Cree, oh santo, que Aquel que comenzó una buena obra en ti la preservará hasta el fin, y te guardará (Filipenses 1:6). Tu perseverarás. No escuches el falso evangelio de la salvación de Roma por las obras del pecador, o el falso evangelio de la salvación del arminianismo por el libre albedrío del pecador, o el falso evangelio de la salvación de la Visión Federal que depende de las condiciones que

realiza el pecador. Pero escucha a Cristo Jesús: “Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre”.

La base de esta seguridad de perseverancia no es nuestra fuerza, el valor o el trabajo. Sino que la base es el guardar soberano, fiel y amoroso de nuestro Padre a nosotros. Él escuchó la oración de Jesús en Juan 17, y Él escucha la oración intercesora de Jesús ahora, quien está delante del Padre en nuestro nombre, habiéndonos redimido por Su muerte. Esta oración de intercesión es la misma que Jesús pronunció en el aposento alto la noche antes de Su muerte, “Padre santo, a los que me has dado, guárdalos”. El Padre es capaz de guardarnos, siendo más grande que todos nuestros enemigos. Él mismo quiere esto mismo, habiéndonos dado al Hijo para que podamos tener vida eterna.

La base de nuestra seguridad de perseverancia, como es el poder de la perseverancia misma, es la gracia.

El fruto de esta seguridad en nuestra vida y experiencia no será la indolencia, o el descuido, con respecto a la piedad, la buena moral, las oraciones y otros ejercicios santos, como los enemigos de la perseverancia acusan.

Más bien, el fruto será el descrito por los *Cánones de Dort*:

Pero tan fuera de lugar está que esta seguridad de la perseverancia pueda hacer vanos y descuidados a los creyentes verdaderos, que es ésta, por el contrario, una base de humildad, de temor filial, de piedad verdadera, de paciencia en toda lucha, de oraciones fervientes, de firmeza en el sufrimiento y en la confesión de la verdad, así como de firme alegría en Dios; y que la meditación de ese beneficio es para ellos un incentivo para la realización seria y constante de gratitud y buenas obras, como se desprende de los testimonios de la Sagrada Escritura y de los ejemplos de los santos (V:12).